

1. VINO TINTO

Podría estar peor. Podría estar enfermo. No estoy enfermo. Podría no tener un techo. Lo tengo, al menos por ahora. Tengo casa y salud, dos cosas que muchos no tienen. Y también trabajo: mañana empiezo en el Vampire State. No es el lugar que yo quería. Preferiría un bar de viejos, silencioso, quizá con ruido de bolas del billar entrechocándose. A lo mejor alguna música de fondo, algo suave y liviano, podría ser jazz, por qué no, el ritmo marcado por la caricia de unas escobillas y un bajo cadencioso, sosteniendo la melodía lenta de un piano o un saxofón haragán. Sobre ese telón, algunos vasos que brindan o cucharitas de café tintineando al revolver el azúcar en el fondo invisible de las tazas, aunque ni el azúcar ni el café le hagan demasiado bien a la vejez de esos viejos que vienen a mi bar perfecto e imaginario a

conversar. Pueden conversar tranquilamente porque el volumen de la música es gentil y los deja superponer su murmullo a las escobillas y las cucharitas, los deja contarme sus historias acomodados en la barra; les permite explicarme cómo se llega a viejo. Yo no soy viejo. Ser viejo no tiene nada de malo, a excepción de las faltas de respeto de los más jóvenes, de la indiferencia del gobierno —sea del país que sea— y también de los problemas de salud. Pero soy joven, y estoy sano. Podría estar peor.

Recién no llovía, ahora llueve. Moraleja: *todo* puede estar peor. El agua repiquetea sobre los techos negruzcos que veo por la ventana del departamento de Cora. Hay viento del este, la lluvia cae bastante inclinada y por eso no pega en los vidrios de la ventana; la pared misma impide que la ventana se moje. Estoy solo en el departamento de Cora. Solo no, también está Zappa, pero está durmiendo en la cocina, así que es casi como estar solo.

Mentira, no tengo un techo. Estoy bajo techo, sí, pero no tengo un techo porque el departamento no es mío, sino de Cora. Segundo piso, decoración demasiado femenina para mi gusto y una distribución algo extraña, en dos niveles: abajo, una pequeña recepción (sofá celeste, alfombra ovalada, televisor), al fondo la cocina y el comienzo de una escalera; arriba la puerta del baño

y luego una amplia zona que hace las veces de dormitorio y sala de estar. Hay libros por toda la casa. Cora trabaja en una editorial, corrige lo que otros escriben. No lo entiendo muy bien, no sé cómo puede gustarle eso; pero sé que cada uno trabaja donde puede y no necesariamente donde quiere. Un buen ejemplo de eso: yo. Mañana empiezo en el Vampire, porque Cora conocía a una gente allí dentro y me recomendó. Difícilmente hubiera conseguido trabajo de otra manera. No pude ni agradecerle. Cuando regresé de la entrevista ella ya se había ido a su casa de campo, tuve que pasar por lo de su madre para buscar las llaves del departamento. Se llevó la computadora y también diccionarios y otros libros por el estilo; iba a trabajar en una traducción. Eso de traducir lo escrito por otro tampoco lo entiendo, pero se veía que ella estaba muy entusiasmada por irse al campo, trabajar allá, comunicarse vía internet con la editorial.

Por lo que entendí, Cora deseaba que le dieran esta traducción desde hacía mucho tiempo, había hecho una larga fila de méritos para que en la editorial finalmente le confiaran el trabajo. No había apuro y además el original era bastante extenso, por lo que podría vivir allá durante unos cuantos meses entre sus queridos tomates y rabanitos, y dedicarse a su primera traducción para la editorial. Esto era un lujo que con las correcciones no

podía darse, pues en el caso de las correcciones tenía que reunirse con los autores varias veces hasta que el trabajo estuviese terminado: era mejor hablar con ellos personalmente debido a que la mayoría de ellos eran unos quisquillosos que creían que su libro era una obra maestra y que nada en él debía ser modificado, por lo que Cora tenía que hablar y hablar y hablar con ellos a fin de que aceptaran las modificaciones que ella sugería con el respaldo de varios años de estudios universitarios. Pero como en este caso se trataba de una traducción y como el autor era un italiano que se había muerto hacía dos siglos y no tenía ningún interés en regresar de su tumba para reclamar nada en relación a la traducción de su obra, Cora podía irse al campo y vivir la vida que siempre había soñado y no sólo soñado, sino perseguido: mucha col, mucho rabanito y mucho *traduttore-traditore*, escapando así de esta ciudad de smog, violencia y tráfico asesinos. Si lo hacía bien esta vez, la editorial le daría otras traducciones y de ahí en adelante quizá ya no corregiría nunca más la obra de los autoproclamados Genios de las Letras Contemporáneas, sino que se dedicaría exclusivamente a traducir. Así alcanzaría su meta, la casa de campo, los jitomates y las acelgas, el aire puro y la tranquilidad de una vida reposada, largamente deseada: la imagen de la propia felicidad.

Una forma de felicidad, así me dijo ella. Si quieres puedes quedarte en mi departamento, voy a estar allá por tres meses, a lo mejor cuatro, me dijo. Zappa va a quedarse contigo. Eso no me lo dijo; eso me lo informó su madre después, cuando Cora ya se había ido. Es cachorro, me dijo su madre, no hay problema. Hay que darle el alimento balanceado y sacarlo al baño un par de veces al día. Así dijo: “sacarlo al baño”. El baño es la calle, claro.

Me quejo aunque no podría quejarme: demasiado bien llegar a esta monstruosa ciudad y conseguir, gracias a una amiga que conocí durante el viaje, casa y trabajo, aunque a cambio haya que cuidar a su cachorro de rottweiler (¿por qué no se lo llevó a su casa en Zacatlán? Creo que Cora quiere más a su huerta que a su perro; quizá temía que Zappa la destruyera en unos pocos días). De lo que me quejo es de que tengo juventud, salud, trabajo, casa y hasta perro, *pero no sé para qué*. Vine a la Ciudad de México y no sé para qué. Voy hasta el aparador y no sé para qué, me sirvo lo poco que queda de vino y no sé para qué, miro por la ventana y siempre lo mismo. Me falta esa huerta que espera a Cora al final de su camino, me falta hacer todo lo que Cora está haciendo, engañada o no, segura de ello o no, para alcanzar ese destino sencillo que ella tiene tan claro (o no, pero que aun así persigue con ahínco, casi con fe).

Pero esto nos pasa a todos, me consuelo entre sorbo y sorbo de tinto. O no a todos (no a Cora), pero sí a muchos. Mal de muchos consuelo de tontos, me diría uno de los viejos de mi bar ideal, un bar de viejos que vienen todos los días o los mismos días a la misma hora y eligen siempre las mismas mesas y piden lo de siempre, simplemente así, “lo de siempre”, ostentando frente a los ocasionales los privilegios de lo habitual. Se juntan siempre los mismos grupos y a veces juegan a las cartas, incluso siempre juegan al mismo juego: los días apenas se diferencian por lo que el azar hace con la baraja, dejando que hoy ganen unos y mañana otros. A ese viejo yo le contaría que no hay mal de muchos: cada uno tiene sus propios males y el peor de mis males es tan grave para mí como el peor de los males de algún otro lo es para él, aunque una vez comparados los males principales de ambos, uno sea una verdadera tragedia y el otro una bobería.

Se acabó el vino. Desde la ventana del departamento de Cora veo la lluvia del crepúsculo lavando el baño de Zappa.

La salida del laberinto insiste en no aparecer, sólo hay paredes de piedra, techos bajos, pasadizos tenebrosos iluminados por esporádicas antorchas titilantes. La angustia es insostenible, el aire se mezcla con el humo

de las teas, se siente pesado en el pecho. A mi paso, en el piso de arena, encuentro libros rotos, botellas vacías, objetos de barro de distintas formas. Consulto el mapa (una piel de tigre que llevo extendida frente a mí, mientras avanzo en la penumbra), pero no logro descifrar la correspondencia entre sus rayas y los múltiples recodos de esta trampa. Urge salir, encontrar el viento en la cara, el cielo azul. De repente, al doblar en una esquina, veo a mi madre, sonriéndome desde el otro extremo de un corredor. Le hablo pero no me contesta, tal vez no me oye. Se aleja. Yo la sigo, intento alcanzarla, corriendo por los pasadizos; nunca lo logro pero, concentrado en esto, llego a la salida. Aparece un desierto o mejor dicho, desaparece el laberinto, su encierro concreto e intrincado. Mi madre ya no está por ningún lado. El desierto se extiende hasta donde mi vista puede llegar. No hay más que arena, hasta donde se cambia por cielo abierto. Pero algo no ha variado: la angustia del laberinto sigue en el pecho, como si a pesar de estar fuera todavía me encontrara preso en un laberinto más grande, descomunal. No era el humo lo que me dificultaba la respiración sino esta opresión que todavía siento. Ese sentimiento de opresión continúa un poco más, incluso cuando ya he despertado de ese sueño borgeano, con la cara aplastada contra la almohada.

Despertar en diferentes camas, bajo diferentes techos: eso es algo a lo que uno nunca se acostumbra, al menos no yo. Siempre experimento la sensación fugaz de que al abrir los ojos me encontraré nuevamente con el cuarto que alguna vez supo ser *mi* cuarto en Buenos Aires, sensación que precede a un ligero azoramiento producido por el reconocimiento automático del lugar donde uno ha pasado la noche, aprovechando la luz diurna para repasar con la mirada todos sus detalles y así corroborar que es un lugar real, fuera del sueño. Recién entonces, casi instantáneamente, mi memoria se obliga a recapitular, en cuestión de segundos, el camino que he recorrido para terminar durmiendo sobre esa cama y bajo ese techo.

Mentira, esta vez la cama en la que despierto no es una cama, sino una hamaca roja que está colgada cerca de la ventana. Aquí en México a las hamacas les dicen *hamaca* y ya; en Argentina les dicen *hamaca paraguaya*, porque si uno dice hamaca el que oye se figura más bien un columpio, y si uno dice columpio queda como un cursi que pretende hablar muy refinadamente; y para nombrar a una hamaca en Paraguay se me ocurre que existe alguna palabra en guaraní, aunque de seguro no alude a la nacionalidad de la hamaca. Matices que uno aprende viajando.

Viajando: así llegué a esta hamaca paraguaya, mexicana y roja en la que acabo de despertar. Viajé por toda América Latina para llegar a esta hamaca colgada junto a la ventana, cerca de un equipo de música y una mesita pintada de verde con un teléfono blanco encima; un poco más lejos, pero todavía al alcance de mi pie derecho —que escapa descalzo de las redes rojas de la hamaca— hay una mesa de madera de aspecto fuerte, donde todavía está la botella de vino tinto, completamente vacía. Creí que había dejado la copa en el suelo, aquí arriba, cerca de la hamaca, pero no está ahí. Misterios de la telekinesis, desintegración espontánea de los objetos inanimados o tan sólo travesuras de un cachorro aburrido. Tendría que ir a ver. Ya no llueve. Afuera ha salido la luna.

Reconocimiento del cuarto sí, pero luz diurna un carajo. Otra mentira. Para ser preciso, el reloj del equipo de música marca las 3:07 am. Entonces, después del reconocimiento, el inevitable repaso: hace unos días desperté en una pensión, aquí en el DF; antes, incómodo en el autobús, viniendo desde Campeche; antes de eso en un hotelito barato en el centro de Campeche; antes, en Mérida... Y así, en pocos segundos, aunque sin la minuciosidad que este listado regresivo pareciera darle a mi pensamiento, llego hasta la última noche en

que dormí en Buenos Aires. Me refiero a la última noche que pasé allá antes de largarme a recorrer el continente, porque después hubo una breve e infortunada visita que me vi obligado a hacer, interrumpiendo mi viaje; pero prefiero no pensar en eso.

Mierda, ya tuve que pensar en eso. Ahora no me lo voy a poder sacar de la cabeza durante toda la noche. Lo mismo me pasó cuando venía al Distrito Federal desde Campeche: en el autobús no pude dormir casi nada. Aquí en México a los autobuses les dicen *autobús* o *camión*; en Argentina se les dice *ómnibus* o *bondi*, por que si uno dice *camión* el que oye más bien se figura un vehículo de carga con un acoplado lleno de vacas, y si dice *autobús* queda como un cursi que pretende hablar igual que en los subtítulos de las películas estadounidenses. No sé cómo se dirá autobús en guaraní.

Acomodo la almohada entre mi nuca y las redes de la hamaca, me desperezo y alcanzo la solidez de la mesa con mi pie derecho, para impulsarme y darle a la hamaca un ligero balanceo. Cuando la hamaca se detiene bajo a la cocina: Zappa sigue durmiendo, la copa está algo babeada pero intacta al lado de su plato de plástico azul. La pongo en el fregadero; la lavaré mañana. Cuando subo la escalera, aprovecho para ir al baño. Al salir paso junto a la cama y pienso en acostarme en ella, pero debi-

do a que paralelamente a esta serie de pensamientos prácticos (levantarse, mear, lavar, acostarse, dormir) se extiende ese otro pensamiento que no puedo evitar porque es constante, me vuelvo a la hamaca y a la luna, que hace brillar la suciedad de los vidrios de la ventana.

Balanceo. No puedo dejar de pensar en mi vieja. En México se le dice *mi vieja* a la mujer de uno; en Argentina si uno le dice vieja a su mujer, ella no le contesta pero, si es medio coqueta con respecto a su edad, le da vuelta la cara de una cachetada. A quién le decís vieja, vos.

En Argentina se le dice vieja a la madre. Me distraigo con estas semejanzas y diferencias, pero no deja de ser eso, una distracción: por debajo, o muy por encima de todo eso, sigue mi vieja, mi madre, mi mamá. Mentira: sigue *el pensamiento* acerca de mi madre, porque en realidad ella no sigue, ni por encima ni por debajo.

Me avisaron que mi vieja se había muerto cuando yo estaba en Quito. Si Ángeles no me hubiera ayudado con el asunto de los pasajes no sé qué hubiera hecho. Al principio no creí que ella pudiera conseguírmelos gratis. Cuando me los dio casi me largo a llorar. Quiero decir, me hubiera largado a llorar si no hubiera sido que ya estaba llorando cuando Ángeles llegó al hotel con la noticia.

Volé por Ecuatoriana y llegué a Buenos Aires justo para el entierro. Durante todo el vuelo de ida fui con la

mente en blanco, no pensaba en nada. Ángeles se esmeró para que yo estuviera lo más cómodo posible; no tuve valor para decirle que su permanente preocupación por mi comodidad me incomodaba más que cualquier otra cosa. Por suerte en el vuelo de regreso a Quito me tocaron otras azafatas; si no, nuestra discusión se hubiera adelantado algunos días.

Mentira: por suerte nada. No hubo suerte en el vuelo de regreso, porque si Ángeles hubiese estado de servicio hubiera sido diferente. En cambio, solo, no paré de pensar en mi vieja, igual que en el bondi desde Campeche, igual que ahora en esta hamaca. El señorito en amoríos con una azafata en Ecuador mientras la madre se le moría en plena calle Florida. Lo primero que pensé fue que había sido un accidente: la pisó algún auto en Diagonal Norte, mientras yo estoy acá en pleno viajecito de placer, tomando impulso para saltar de un hemisferio al otro, más lejano todavía. El tío Lucho me dijo que menos mal que llamé y que no, que había sido un infarto fulminante. Así dijo el tío Lucho, “fulminante”. Yo siempre había pensado que el infarto era algo muy masculino, a lo mejor porque casi diez años antes mi viejo había muerto a causa de uno. Nunca creí que a mi vieja iba a pasarle lo mismo, primero porque jamás me había puesto a pensar en ello y segundo porque de

haberlo pensado nunca hubiera considerado una simetría tan implacable para el final de mis padres.

A lo mejor la pobre vieja ya se estaba sintiendo mal por esos días en que yo no andaba por ahí para convencerla de que dejara de ir al trabajo por una vez en la vida y se hiciera un chequeo médico. Quizá, si yo hubiera estado, ella se hubiese salvado. Cosas así pensaba en el avión. Y también pensaba así en el camión, viniendo desde Campeche: no estuve ahí y encima de todo me enteré de casualidad, porque justo se me dio por llamar para saludarla y contarle que *yo* estaba muy bien.

Todavía no lo puedo creer.

Después vino la inevitable ruptura con Ángeles, la decisión de seguir hacia el norte, de continuar el viaje que había comenzado. No había nada que me llamase a volver a Buenos Aires, en esa dirección todo estaba absolutamente en blanco ahora que mi madre... Tal vez había, en el mejor de los casos, un par de amigos que se preocuparían por mí, amigos a los que yo no veía desde hacía un tiempo considerable. Pero de todas maneras, tengo que admitir que ellos no contaron a la hora de mi decisión (ni siquiera aparecieron por el entierro; a lo mejor el tío Lucho no les avisó, no sé). De repente, al momento de elegir qué hacer, parado en la mitad del mundo, concluí que todo se resumía en volver para nada,

quedarme donde estaba para nada o seguir adelante, también para nada. Decidí seguir adelante, porque algo en la frase *seguir adelante* parecía tener más sentido que lo que se ocultaba en las palabras *volver* o *quedarse*. Creo que entonces lo interpreté como una manifestación de fortaleza interior, una especie de afán de superación; algo así como el payaso que sale a escena a pesar de que en su vida personal ha sucedido algo grave. Si el show debe seguir, el viaje que me había propuesto también.

Lamentablemente, la reanudación de mi viaje fue como un movimiento brusco que rompe todo lo que está cerca. Mi relación con Ángeles no se salvó de la destrucción. A partir de ahí, viajar se convirtió en una actividad que me permitía no estar en un lugar donde no tenía por qué estar ni quería estar, aunque me llevaba a otros lugares a los que no tenía por qué ir, salvo por el objetivo predeterminado de un viaje de “placer” (calificación que mi viaje dejó de tener inmediatamente después de que dejé Quito).

Así llegué a México y a esta hamaca. Recorrí una buena parte del sur del país antes de llegar al departamento de Cora. A Cora la conocí en Perú. Ella estaba viajando como mochilera; hicimos juntos el Camino del Inca. Cuando nos despedimos, intercambiamos direcciones de correo electrónico y también números telefó-

nicos; códigos que, seguramente, ambos pensamos que el otro jamás usaría. Pero cuando llegué a México DF pensé: “Se te acabó el mapa latinoamericano. Ahora te vas a tener que volver”. No era estrictamente cierto, porque podía continuar viajando por el norte de México o romper la regla que circunscribía mi viaje a los países latinoamericanos y pasarme a Estados Unidos, pero el dinero que me quedaba ya casi no me alcanzaría ni para una cosa ni para la otra. No estaba en bancarrota ni nada parecido, pero estaba obligado a trabajar para recuperar algo de capital; las posibilidades de conseguir un trabajo en alguna ciudad del norte de México, donde yo no conocía a nadie, me parecían remotas (ni hablar de intentarlo en Estados Unidos). Por eso le hablé a Cora y por eso ella me consiguió el puesto en el Vampire. Y además me recibió de la manera más cordial: mi casa es tu casa, me dijo muy mexicanamente antes de irse. Espero que no, pensé: si hay un lugar a donde no quiero volver es a mi casa.

De la novela *Bares vacíos*.

© Martín Cristal, 2001.

www.martincristal.com.ar

